



los relatos de calibre **38**

LA RUBIA

© José Montero Muñoz

La cabeza le iba a explotar y en su mente solo había una nebulosa de cuerpos acoplándose y desacoplándose con la necesidad del olvido. Recordaba que había ligado con una rubia en el club, que le había pedido que tocase *My Funny Valentine*, y que él lo había hecho como si le hiciese el amor con la ropa puesta. Las notas salieron de la trompeta dulces, suaves y penetrantes, dispuestas a adueñarse de los oídos y del alma de la rubia.

Al bajar del escenario, la rubia lo abordó para invitarle a una copa. Notó cómo se lo comía con los ojos, cómo deseaba que sus manos la tocasen como tocaba su instrumento. Se acercaron a la barra y bebieron el matarratas que el camarero les había servido.

El whisky aguado del *Blue Hot Jazz* era veneno, pero él estaba acostumbrado, demasiado tiempo bebiéndolo, demasiado tiempo pensando en salir de aquel tugurio y comerse el mundo. Pero esa noche podría empezar a hacerlo. Lo había oído muchas veces. Era

un tema recurrente entre los músicos cuando se tomaban dos copas de más y querían fanfarronear de sus dotes de Casanova. Nenitas de papá que se escapaban de sus lujosas mansiones para vivir la noche neoyorquina, hambrientas de hombres de verdad y no de los niñatos que ellas conocían.

Se tomaron un par de copas más, y no llegó a sorprenderse cuando el músico la cogió de la cintura y lamiéndole la oreja le dijo si quería ir a su apartamento. Ella lo miró y le respondió con un beso en la boca en el que las lenguas se estudiaron durante un par de minutos. Al deshacerse del cepo, la miró a los ojos llenos de fuego, le apretó la nalga y le dijo que salieran.

La noche los recibió con su fría caricia, aunque ellos ni lo notaron. Sus cuerpos estaban ya calientes, y solo podrían ir a más. Siguieron con sus forcejeos hasta que el músico distinguió un taxi por el rabillo del ojo, le dio el alto y cuando estuvo a su altura entraron en él sin dejar de magrearse. El músico le indicó entre besos la dirección al taxista y después se abandonó a la lujuria. La chica empezó a masajearle la entrepierna. *Todas las blancas son unas putas*, caviló con la mente puesta en una sola cosa: enterrarse entre las piernas de aquella blanquita. *Con una hermana nunca podría hacer esto, y menos en la primera cita. ¡Joder!, que le den a las hermanas, prefiero esto, necesito esto.* Y se puso a tararear mentalmente una melodía de Horace Silver para no eyacular.

Al llegar, la primera en bajar fue ella, moviendo aquel espléndido culito blanco que Dios le había dado y del que el músico estaba agradecido. ¡Amén!, hermano, masculló antes de salir del taxi. ¡Amén!, le respondió el taxista sabiendo de lo que hablaba. En aquel trabajo le había tocado limpiar demasiado semen de pasajeros que no habían podido aguantar la tentación como había hecho él. Aquel “¡amén!”, era como si le dijese al músico: gracias hermano, por no haberme puesto perdido el taxi.

Abrió la puerta y le dijo que vivía en el tercero.

—No tiene pérdida, cariño. Yo te sigo cubriendo la retaguardia. No pienses mal, que solo lo hago para que no te caigas —le dijo con voz sensual arrastrando cada una de las palabras.

Se giró y le dedicó sonrisa de deseo. La niñita de papá, había salido a por todas, quería probar a un semental negro y no la impresionaba la ferocidad que pretendía desplegar el músico, más bien estaba decepcionada. Sus amigas le habían hablado de la agresividad sexual de los hombres de color, de sus enormes miembros. Y ella podía corroborar que la leyenda era cierta, por lo menos en el caso del músico, porque había sentido su majestuoso animal en el taxi y ya no aguantaba más, su sexo parecía una piscina a punto de rebosar. Si el músico no la penetraba enseguida, sufriría una combustión espontánea de tanto calor como sentía.

En el rellano se acercó al músico y ronroneó como una gata en celo. En ese instante supo que aquella noche sería de las memorables de su vida y más cuando no le había dejado jugar con su chocolatina. *Mejor así, porque cuando la tenga en la boca le será más dulce*, se dijo al introducir la llave en la cerradura de su apartamento.

¿Pero qué cojones?, se sorprendió al sentir la boca y la lengua de la rubia en su miembro erecto. Después de una lucha encarnizada con la cerradura, y una vez en el apartamento, se fueron quitando la ropa como si fuese una segunda piel que les molestase. En dos segundos sus cuerpos desnudos ya cimbreaban formando un juego de claroscuros en la cama acompañados por la voz rota de Billie Holliday que amortiguaba sus gemidos de placer.

El músico se incorporó en la cama, alargó el brazo hasta la mesilla de noche, agarró el paquete de tabaco con desgana y lo sobó un par de veces para asegurarse que todavía le quedaba tabaco. Después de una lucha ridícula con el paquete sacó uno de los dos cigarrillos que aún le quedaban, se lo llevó mecánicamente a la boca y lo encendió con aire distraído; le dio una calada larga y pausada que hubiese secado un lago. Al escupir el humo al aire buscó a la rubia con la mirada, y al no encontrarla, centró su atención en las volutas de humo que ascendían con cierta coquetería hacia el techo.

Cerró los ojos y con la última calada pensó en la rubia, en sus

labios carnosos, en su lengua juguetona, en sus piernas largas y firmes como dos columnas del Partenón griego en Atenas, en sus pechos turgentes y apetitosos como frutas salvajes coronadas por unas gotitas de rocío, en su trasero marmóreo y, sobre todo, en su sexo rojo como una cicatriz abierta, palpitante e insaciable. El músico solo recordaba, y de forma vaga, hasta el tercer orgasmo conjunto; después sus recuerdos se convertían en una nebulosa impenetrable de gemidos, semen y espasmos de placer.

Encendió el último cigarrillo y estrujó el paquete maldiciéndose por no haber comprado otro en el club, y en ese instante sintió cómo un dolor sordo le mordía las sienes y, lo que era más preocupante, su sexo comenzaba a desperezarse como un gigante dormido debajo de las sábanas. Inquieto, buscó con la mirada a la chica lleno de ansiedad.

La necesitaba para aplacar la bestia que empezaba a latirle a la altura de la entrepierna; sin embargo, el deseo desapareció tan rápido como había aparecido al descubrir el cuerpo de la rubia a los pies de la cama desmadejada y nadando en su propia sangre. Apartó la vista para que las arcadas no le venciesen, aunque al recordarla en el club (repleta de vida), un reflejo ácido comenzó a abrirse paso como un ejército invasor desde sus tripas hasta alcanzar finalmente su boca.

¿Quién la habrá asesinado?, interrogó al aire como si alguna sombra pudiese contestarle; ¿lo habré hecho yo?, se preguntó con

horror. *No, no he podido ser yo, eso nunca. Me acordaría*, pensó masajeándose las sienes sin poder encontrar ninguna respuesta satisfactoria para aquella pregunta que le iba helando la sangre. *Seguro que algún hijo de puta ha entrado por la escalera de incendios, aprovechando que estábamos profundamente dormidos, la ha matado y ha vuelto a salir como un fantasma*, se dijo sin terminar de dar crédito a aquel razonamiento. Pero siempre sería mejor que la otra sospecha; la que decía que había sido él y lo había borrado de su mente. *Sí, definitivamente, algún cabrón ha entrado por la escalera de incendios y me quieren colgar el asesinato a mí*, se justificó antes de incorporarse tembloroso de la cama. Evitó con dificultad la sangre, el cuerpo de la rubia y sus propios vómitos. Con paso titubeante fue hasta el aseo del apartamento, más práctico para un anoréxico que para un hombre de su tamaño. Abrió el grifo y dejó correr el agua mientras agarraba el vaso donde tenía un cepillo de dientes inservible por el uso y una pasta de dientes tan muerta como la rubia. Los tiró al suelo y dejó que el agua llenase el vaso hasta el borde. Dio un par de buches de agua, la mareó un rato en la boca y la escupió con rabia.

¿Qué vas a hacer ahora, negro?, le preguntó a la imagen que le devolvía el espejo del baño. Aturdido volvió a la habitación y se acercó a la rubia con timidez. La chica parecía un pajarillo muerto. La estudió con una mezcla de repugnancia y sorpresa.

Esquivó el charco de sangre y vómito, y se dejó caer sin voluntad sobre la cama que gimió al recibirlo. *¡Piensa, negro, piensa!*, se ordenó intentando recuperar la calma perdida. Tengo que fumar algo, *¡necesito un porro!*; gritó al aire como si una criada invisible le pudiese traer uno listo para fumárselo. Se incorporó de la cama con pesadez y fue arrastrando los pies hasta el escondrijo. Retiró un ladrillo de la pared, metió la mano y sacó una bolsita con diez o doce cogollos de marihuana. La abrió, cogió cuatro cogollos y devolvió el resto a su sitio. Acomodó el ladrillo y lo golpeó hasta que quedó a la misma altura que los demás. Se acercó a la silla donde descansaban su ropa y la de la rubia, sacó de la cartera dos papelillos y volvió a la cama. Los dejó en la mesilla de noche y se centró en deshacer los cuatro cogollos de marihuana. Se los colocó en la palma de la mano y con movimientos rápidos y poderosos los deshizo. Cogió de la mesita uno de los papelillos, lo combó y dejó caer bastante cantidad de marihuana en el centro; luego lo presionó con los dedos a lo largo y con un par de movimientos rápidos terminó de armarlo. Lo dejó en la mesilla y realizó la misma operación con el otro papelillo. Se tumbó en la cama, encendió el primer porro y le dio una calada tan profunda que la sintió en las sienes. Con los pulmones llenos, aguantó el humo mágico hasta que sintió un dolor agudo y sofocante en el pecho. Con la segunda calada, aquella realidad dantesca en la que rubia se había transformado en una muñeca de trapo bañada por

su propia sangre, ya no era tan horrible; con la tercera, el cuerpo y su cabeza parecían un chiste malo, contando por un borracho desdentado; y con la cuarta, ya nada tenía importancia. Porque en su cabeza solo escuchaba el saxo de Charlie Parker y el piano de Thelonious Monk.

¡Esto es vida, negro!, se dijo orgulloso de sí mismo. Alargó la mano y cogió el segundo porro, que encendió con nerviosismo. Con la primera calada supo exactamente lo que tenía que hacer: *la descuartizo, la meto en un par de maletas viejas y me deshago del cuerpo. Si no hay rubia no hay delito*, se dijo con la risita tonta sacudiendo su cuerpo de boxeador.

Se levantó de la cama tambaleante por los efectos de la marihuana. Fue a la cocina, cogió el cuchillo eléctrico que le había regalado su madre hacía más de veinte años y hasta aquel día no había llegado a valorarlo como merecía. Su madre sin saberlo le había salvado la vida con aquel estúpido regalo; lo estudió con ojos de relojero, y una vez satisfecha su curiosidad lo tiró sobre la cama.

Agarró el cuerpo de la rubia por los tobillos y lo arrastró hasta la bañera. *Será un trabajo duro*, pensó mientras lo acomodaba. *Si hubiera prestado más atención en las clases de Ciencias Naturales cuando diseccionábamos ranas, ahora seguramente que me iría mucho mejor*. El ruido del traqueteo amortiguado por el chapoteo de la sangre al cortar la carne lo inquietaron los

primeros minutos. Una vez superado el estupor inicial y obviando aquel sonido insidioso que se le clavaba como clavos en los tímpanos, el trabajo avanzaba. El cuchillo estaba haciendo su labor; cortaba la carne como si fuese mantequilla y el hueso con más facilidad de la que él había pensado.

La sangre era escandalosa, pero después de cortar un par de trozos de la pierna derecha, la cosa empezó a perder dramatismo. *La mente humana es maravillosa, a todo se acostumbra y con una celeridad diabólica*, pensó el músico mientras se secaba el sudor que empezaba a escocerle los ojos por el esfuerzo.

Ya queda menos, se dijo. El cuerpo de la rubia antes reconocible, ahora solo era un amasijo de piezas sanguinolentas enmarcadas por un manto blanco. Después de una hora de duro y agotador trabajo, el cuerpo ya estaba listo para embolsarlo. El músico había preparado las bolsas para introducir los trozos de la chica. Abrió la primera bolsa y metió con mimo los pies, la cerró con dos nudos y la acomodó dentro de la bañera. Después cogió otra bolsa y metió las manos y un trozo del antebrazo izquierdo, le hizo dos nudos y la dejó dentro de la bañera. El ritual continuó, hasta que ya solo quedó la cabeza. La recogió del suelo como a una Barbie descabezada por una niña traviesa, le plantó un beso en la frente fría y antes de introducirla en la bolsa le dijo:

—Lo siento, pequeña, ¿pero qué otra cosa puedo hacer?

La cerró y se fue a la calle; necesitaba fumar. *Mañana tendré que pedirle el coche a Don para deshacerme del cuerpo*; pensó con hastío. *Lo bajaré después del trabajo, para evitar miradas curiosas*. Pagó el paquete de tabaco, lo abrió y se llevó un cigarrillo a la boca. Un par de caladas y se perdió por la ciudad que nunca duerme.

José Montero Muñoz, nacido en Alicante el 15 de septiembre de 1973 y Licenciado en Filología Hispana por la Universidad de Alicante, ha publicado relatos en revistas como, entre otras, Gangsterera o Forjadores, dedicadas algunas de ellas a la ciencia ficción. Ha publicado cuentos en antologías de corte negro como “Cosecha Negra” y “Aquemarropa”. Su primera novela una novela, también de corte negro, “Ruido de tambores”, ha sido editada en 2012 por Literaturas com Libros.